

Hace sesenta años, tuvimos en Gernika una visita inesperada. Muchos éramos niños aún y llegaron a nosotros unos hombres de otras tierras, que no nos conocían y a los que conocíamos. Que ni siquiera nos odiaban porque nada habíamos hecho contra ellos, pero que no nos veían tal como éramos. Porque ellos estaban arriba y nosotros abajo. Si hubieran estado a nuestra altura, todos abajo, hubieran visto que éramos niños como los que había en su país, en su pueblo, como sus hijos o sus hermanos pequeños. Y que las mujeres eran como las suyas. Como sus madres, sus esposas o sus novias.

Pero no nos veían así. Posiblemente desde su altura nos veían como hormigas que huían desesperadamente. Y no pudimos hablarnos. Los hombres y las hormigas no pueden hablarse.

Y nos lanzaron una lluvia de fuego, metralla y muerte. Y destruyeron nuestro pueblo. Y aquella noche ya no pudimos volver a cenar en nuestra casa ni a dormir en nuestra cama. Ya no teníamos hogar. No teníamos casa.

Pero aquel acto, incomprensible para nosotros no nos dejó un sentimiento de odio o de venganza, sino un deseo enorme, inmenso, de paz. De que aquello no debía suceder nunca más. Y de que de las ruinas de lo que fue nuestro pueblo, debía surgir una bandera de paz para todos los pueblos del mundo.

Hoy tenemos otra visita. Otra vez llegan a nosotros gentes de otras tierras. Pero vienen de frente y con la mano extendida. Ya no hay unos arriba y otros abajo y por eso, aunque hablemos distintas lenguas, podemos entendernos. Y ahora, sí. Ahora podemos hacer lo que entonces no pudimos. Abrir nuestros brazos y decirles: Bienvenidos a Gernika, marchemos juntos en paz. Ongi etorriak.